



ATLAS HISTORICO DE LOS MONASTERIOS

El Monacato Oriental y Occidental

Juan María Laboa (ed.)

Ediciones Paulinas

SAN PABLO 2004 (Protasio Gómez, 11-15, 28027 Madrid)

Tel 917 425 113 – Fax 917 425 723

secretaria.edit@sanpablo-ssp.es

www.sanpablo-ssp.es

30,5x23, papel couché, fotografías en color, 272 págs. 60€



Nos encontramos ante un libro de bellísima hechura y dedicado al fenómeno monástico en toda su amplitud, aunque dentro de los límites habituales –pero no por ello menos riguroso- de la divulgación, y no del tratado histórico o literario.

En ocho hermoso capítulos, ilustrados con fotografías muy bien seleccionadas, se puede hacer un recorrido por los lugares más dispersos del mundo y por las áreas más significativas del monacato, a la vez que se pueden conocer y “reconocer” las figuras más representativas del mismo.

Los capítulos de que se compone este volumen son:

- I. Universalidad del fenómeno monástico.
- II. Orígenes del Monacato cristiano.
- III. El primer Monaquismo cristiano.
- IV. La tradición Monástica Occidental.
- V. Desarrollo del Monacato en Oriente.
- VI. Desarrollo del Monacato en Occidente.
- VII. Un milenio de Monacato oriental.
- VIII. Un milenio de Monacato en Occidente.

Se completa el recorrido con un hermoso apéndice –que reproducimos a continuación –*Los dones del Monacato*– y unos excelentes índices de nombres y lugares.

No se omiten, como a veces sucede, las referencias al monacato moderno y más actual, tocando temas tan interesantes y oportunos como: Ecumenismo, El diálogo monástico interreligioso, Del diálogo interreligioso al diálogo monástico, Las raíces antiguas como fundamento del compromiso contemporáneo.

Un libro excelente, como decíamos, para disfrutarlo, ilustrarse e instruirse sobre el Monacato y para servir, desde los monasterios y fuera de ellos, de instrumento de evangelización y acercamiento a los valores que sustentaron y sustentan una tradición viva en la Iglesia.

LOS DONES DEL MONACATO

El monacato constituye una de las páginas más pedagógicas, brillantes y sugestivas de la historia cristiana, plural en sus variopintas manifestaciones, muy apegado a las vicisitudes diarias del pueblo cristiano, muy dependiente de la personalidad y características de cada nación y de cada cultura, pero, al mismo tiempo, expresión ceñida del núcleo fundamental de la doctrina y de la exigencia evangélica. A lo largo de los siglos, los monjes se han ocupado sólo de Dios, en la más completa soledad, con la oración asidua y con la penitencia permanente. San Benito escribió en su regla que «toda la vida del monje debe tener el carácter de una continua cuaresma», aunque, en realidad, se trataba de un modo de vida llevado en todo momento con la esperanza gozosa de la pascua. Los monjes son por definición contemplativos, buscan al Dios vivo tanto en la historia, atravesada por Jesucristo, como en la naturaleza, esplendorosa expresión de la belleza divina, y en la profundidad de uno mismo, y aspiran permanentemente al cielo: «Déjame, por favor, ver tu gloria» (Éx 33,18) sería la expresión adecuada de la espiritualidad monástica.

Pero, al mismo tiempo, los monjes se han ocupado de los seres humanos, sus hermanos, de sus necesidades y preocupaciones. La cultura y la economía, los manuscritos y la agricultura, las escuelas y las destilerías, han constituido la ocupación y la dedicación de monjes de muy distintas congregaciones, pero estaban movidos por iguales objetivos. La caridad de Cristo les ha urgido y movido no sólo a rezar permanentemente por los hombres, sino también a guiarles por los caminos de este mundo siempre complicado y confuso, sobre todo cuando no se tienen objetivos claros. Evagrio Póntico definió al monje como aquel que «vive separado de todos y unido a todos» y san Antonio no dudó nunca en abandonar su soledad querida para acudir a aliviar o solucionar las necesidades de cuantos requerían su apoyo.

La vida de los monjes, en su más profundo significado esencial, era un camino de conversión y de vuelta a Dios, un continuo tejer lazos y relaciones con Dios. Aunque cabe duda de que los objetivos últimos de los monjes han sido los de todo cristiano que ha querido vivir el mensaje evangélico en su plenitud, los monjes han buscado con pasión y constancia comprender el significado más esencial del ser hijos de Dios, han desvelado con claridad la contradicción del pecado y sus amargas consecuencias, y han descubierto de palabra y de obra cómo se puede ser liberado del mal en este valle de lágrimas. Los nuevos soldados de Cristo, pobres con Cristo pobre, despreciadas las riquezas de este mundo, despojados del hombre viejo, se gozan al vestirse del nuevo.

En esta búsqueda y en esta peregrinación personal, el monje pretende un corazón indiviso, incapaz de servir a dos señores, que se ponga al servicio de Dios todo entero,

sin divisiones, que no sea distraído por el mundo ni por las pasiones. Su dominio del cuerpo, a veces con métodos radicales, su vida austera, la renuncia a cuanto pueda debilitar su reciedumbre y su total entrega, tiene este objetivo permanente: amar y servir al único Señor de la vida y de la muerte.

Si el fin de la vida monástica es unirse a Dios, buscarle en verdad, a través de la *puritas cordis* (pureza de corazón), es necesario que el monje le busque en donde puede ser hallado, y le conozca en la medida en que la limitada inteligencia humana puede conocer. Dios es un Dios escondido, que sólo se da a conocer cuando se le busca en verdad. Ahora bien, Dios se nos manifiesta de una manera especial en la Sagrada Escritura, que es su misma palabra escrita. Por consiguiente, la lectura y el estudio, sea directo, sea siguiendo la interpretación de los Padres, de esta palabra divina, necesariamente nos dará un conocimiento mayor de Él, y en consecuencia un mayor acercamiento, un aumento de amor, una mayor disposición para la oración y para la unión con la divinidad. No es posible conocer la vida monacal sin tener en cuenta esta piadosa veneración y seguimiento de los Libros Sagrados.

La vida consagrada esta al servicio de la misión de la Iglesia, o mejor aún, al servicio de la misión de Jesús, que la Iglesia continúa en el tiempo hasta la segunda venida del Señor. Por eso el monje tiene una doble relación: con Cristo y con la Iglesia. Aun en la mayor soledad o sobre la columna más elevada, el monje tiene una conciencia muy fuerte de la Iglesia y de su obligación de evangelizar, de ser testigo de Cristo, de ayudar a sus hermanos en sus necesidades temporales y espirituales. La sorprendente escena de los monjes anunciando la buena nueva a pueblos ajenos a la tradición cristiana, constituye una de las páginas más extraordinarias de la historia cristiana.

El monacato ofrece salud mental y esperanza. Quien vive en serenidad, sin alterarse, sin murmurar ni replicar, sin lentitud ni desgana, no atado ni preocupado por los bienes terrenos, sin estar dominado por las pasiones del cuerpo o espíritu, conservando en cada instante el control de sus propios actos, de sus gestos y de su pensamiento, amando a Dios en quien confía y a quien sirve, consciente de ser hijo de el Padre, hermano de Cristo, quien se encarno para ser nuestro hermano y salvarnos, bajo la acción benéfica del Espíritu goza de paz de espíritu y vive de esperanza.

La vida comunitaria monacal ofrece normas y prácticas de civismo y de convivencia. Enseña a soportar pacientemente las debilidades del prójimo, tanto las del cuerpo como las del espíritu, y también las propias, las que nos acompañan y afligen siempre, con el fin de no incomodar a los demás con quejas superfluas y con la decisión de aceptar siempre las propias limitaciones, la propia fragilidad.

El objetivo principal de san Benito al imponer el traba manual a sus monjes no fue ni la utilidad social, ni la poesía, sino la penitencia. Sin embargo, su obra es ambas cosas a vez. Trabajaron con paciencia y entusiasmo, transformaron lugares, mejoraron la tierra, progresaron en las técnicas de agricultura, descubrieron los secretos de la uva. Amaron Dios, pero también a los hombres y a la naturaleza, y consiguieron sus dones.

De hecho, para los cristianos, la institución monástica constituye una parte integrante de su mundo espiritual. Lo monjes no son desertores ni del mundo ni de la Iglesia, aunque desde sus comienzos hayan constituido una muda protesta por un cristianismo mundanizado y por un mundo poco cristiano; no aportan al producto nacional bruto, pero, sin ellos, el mundo sería más bullicioso y egoísta, menos reflexivo y generoso.